

Si yo tuviera un palacio, contigo me casaría, Achilipú

Capítulo 10. Docentes en tránsito. Incidentes críticos en Secundaria.

Viernes 19:45 pm

--Tomemos un café --dice Carla.

Bajan las escaleras en silencio. Martín sigue a Carla y observa en el centro de su nuca un vello casi transparente, un lunar, su columna vertebral que desaparece dentro de la camiseta. Ella cree recordar la escena de una película, idéntica a la que acaba de suceder en su despacho. Está cansada, le pesa la cartera, el bolso; le duelen los tobillos; necesita relajarse. Con la mano que le queda libre se suelta el pelo, a la vez que mueve enérgicamente la cabeza.

En el bar se sientan uno enfrente del otro y piden dos cafés con hielo al camarero, que les atiende desde la barra. Carla saca de su cartera una carpeta, la abre y comienza a leerle a Martín el informe que ha escrito sobre sus prácticas en el centro.

Cuando Carla termina de leer, a Martín se le ilumina el rostro de satisfacción.

Pero ella sigue con los ojos fijos en los papeles del informe de Martín durante unos minutos. Inexpresiva, inmóvil. No los lee. Mira el texto, los espacios vacíos del texto, los ritmos y las

frecuencias de las palabras, que siempre le sugieren formas ilusorias, recorridos invisibles de mayúscula a mayúscula, fortuitas regularidades, simetrías. Se está alejando de Martín, de sus ojos, de su entusiasmo.

--¿No vas a decir nada? --pregunta Carla.

--Me parece bien --dice Martín-- y quiero agradecerte toda la ayuda y los materiales que me has facilitado.

--Bueno, pues entonces ya hemos terminado con este punto. Ahora me gustaría comentar, a título personal, algunos aspectos. Y conocer también tu opinión.

--Claro, claro.

--He estado pensando en cómo concluir esto --comienza Carla mirando a Martín fijamente--. He encontrado cuatro maneras. O dos, según se mire. Primero he pensado en no decirte nada, por ti. Para no estropear el fin de fiesta, ahora que ya hemos acabado el curso. Después, he pensado en no decirte nada, por mí. Porque cuando escuches lo que pienso, tú también me vas a decir lo que piensas. Y también he pensado en no decirte nada porque este curso es un curso más, entre

otros muchos cursos iguales donde las cosas se repiten de forma bastante parecida también. Pero, finalmente, no te rías, me he dado cuenta de que quiero hablar contigo, porque como todos los profesores en prácticas, tú eres diferente.

--No sé si te captó. ¿Soy como todos o soy diferente?

--Eres diferente, como todos. Eso es lo que he dicho. El caso es que alguna vez tenía que ocurrir, y como no hay ninguna razón especial, creo que ésta es una ocasión tan adecuada como cualquier otra (¿por qué me estoy liando de esta manera?, piensa Carla) para que hablemos un poco más allá de las notas, los informes y las firmas. ¿Te parece bien?

--Me parece que no lo sé. Pero puedes empezar, claro.

Entonces Carla, concentrada como una funambulista sin red y sin piedad, le explica detalladamente el reverso del informe que le acaba de leer. Su juicio. La unidad didáctica ocupa mucho tiempo, primer problema. ¿Es que no existen unas programaciones? Por lo visto, no se han tenido en cuenta, pues las actividades propuestas parecen naufragos, no sólo aislados del mundo, sino también comunicados entre sí. Y además era tan ambiciosa que no la has podido acabar. Por lo tanto, rompes el horario, cambias los contenidos a tu gusto y realizas una actividad fuera del programa del trimestre que, como tú mismo has reconocido, no hay manera de evaluar. ¿Y todo esto tiene una explicación, un sentido? Sí, pero un poco miserable, perdón, dudoso: «A ti te encanta el manga». Pero si al menos hubiera servido todo el

tiempo, y el material que has utilizado, para algo educativo, digamos... ¿para aprender historia? De eso trata nuestra asignatura, ¿recuerdas? Pero no, la motivación es superficial y todo lo que has hecho son fuegos de artificio que no han servido más que para distraer a los alumnos. No sólo eso, sino para distraerlos de lo que debería haber sido el principal objetivo de toda la actividad.

--Pues sí que lo he hecho mal. Supongo que tú la primera vez...

--¡Por eso mismo! --le corta Carla--. ¡Porque es la primera vez y querías descubrir el mundo tú solo! Has tenido una idea. Pero en este trabajo, ideas hay que tener cincuenta cada día. Y aun así, sin un esfuerzo para hacerlas útiles, para dotarlas de sentido, tal como nacen se deshacen. ¿Qué has aprendido tú, de todas estas actividades? Que tus alumnos estén tan sonrientes no significa que les importe un bledo lo que estás explicando y menos aún que aprendan algo relevante. Sencillamente les gustan los cambios, el jaleo, ¿o es que no lo ves? ¿No has leído los resúmenes que han hecho?

Martín se siente incómodo. Lo último que esperaba de Carla era esta especie de... no sabe cómo llamarlo. Realmente está desconcertado. No dice nada. No sabe qué debería decir ni de qué forma, y no dice nada.

--En parte la culpa es mía --prosigue Carla, con otra cadencia en la voz--. Me ha ilusionado tu entusiasmo, tus ganas. Sabes ser divertido, si quieres. Desde el primer día ha habido algo diferente, hemos hablado mucho. Me ha gustado explicarte todas esas historias del instituto y mis peripecias, mis secretos, mis ideas, mis experiencias en clase, porque me

has parecido una persona sensible. Nos hemos entendido enseguida. Yo ya no estaba acostumbrada a ilusionarme así. Creo que tú también lo has notado. Y por eso desde el primer minuto también me confiaste tus dudas, tus miedos, tus ideas más disparatadas. Todos estos días he estado deseando verte, escucharte. Me emocionaba cuando te explicabas con esa fuerza y esa alegría. Cómo ibas montando las actividades, cómo te inventabas unas soluciones de una terrible ingenuidad. Y me desarmabas con la belleza de tus excusas de esparadrapo.

Sí. Y entonces tú te has dejado mimar, has abusado todo lo que has podido de este juego. Desde el principio has adivinado que no te iba a dejar caer. Pero actuar de esa manera nos ha debilitado a los dos. Poco a poco, me he ido dando cuenta de la situación, pero no he querido reconocerlo y tú tampoco. Hemos bajado la guardia. Mirándonos en los ojos del otro hemos perdido de vista tu objetivo y mi responsabilidad.

--...

--Estoy un poco avergonzada. Siento decirlo, pero creo que todo ha resultado bastante lamentable. No quería despedirme sin que lo supieras. Considera el informe que te he leído como mi último regalo de la temporada. Mi última debilidad, digamos, afectiva.

Silencio otra vez. Carla ya lo ha dicho todo y ya no quiere continuar haciéndose daño.

A Martín le sale ahora todo el cansancio que no ha sentido durante estos meses. Las palabras de Carla le hacen regresar a la casilla de salida. Le están zarandeando sin motivo.

En su cabeza las piezas cambian de lugar a gran velocidad, pero el resultado es caótico.

Una manera más simple de decirlo es que conforme la iba escuchando, se iba alejando años luz de aquella mujer que al principio admiraba.

Martín mira para otro lado y piensa en su trabajo. Que no está mal. Los chavales han sido estupendos. No se lo esperaba. Tenía un miedo el primer día...

Todo ha pasado volando. Y hasta hoy, Carla había sido un encanto. Todo le parecía bien, y ahora sale con que los resúmenes finales no se entienden. Lo de los resúmenes fue idea suya, al fin y al cabo. Para poder evaluar, dijo. Él ya los tenía superevaluados mirando lo que hacían, escuchando lo que preguntaban.

Y al final, lo único que le ha interesado es que se lo explicara todo por escrito. Todo se tenía que justificar, hasta lo más evidente, hasta lo que se hace sin pensar. Como si fuéramos todos idiotas. La memoria metodológica. Más bien la memoria para extraterrestres. Claro que ella con dos páginas ya ha tenido bastante, ya ha tenido la tutoría hecha. Y encima me echa en cara una especie de chantaje emocional. Joder con la divorciada.

Como Carla había temido, una vez abierta la caja de Pandora, el mal se adueña de la conversación.

--Yo también quiero comentarte, si me lo permites, que tu papel es muy fácil -- comienza diciendo Martín.

Sábado 18:30 pm

El día se ha cansado de llover. El viento se ha llevado las nubes y hace temblar las pequeñas hojas grises de un olmo, al otro lado de la gran vidriera de la biblioteca municipal.

Mar, a dos escalones del suelo, reflexiona con gravedad. Cuando Carla la ve y se abalanza hacia ella, Mar inicia lentamente el ascenso al tercer escalón.

Una vez ha puesto a salvo a su hijita, Carla intenta concentrarse de nuevo en lo que está escribiendo. Le gusta anotar en un papel sus reflexiones sobre los temas trabajados en clase. Sobre cómo se han desarrollado, los caminos que abren, lo que queda atrás, las dinámicas, los contratiempos, que siempre son distintos y sorprendentes. Cada vez menos distintos y sorprendentes, piensa. Esto suele pasar cuando los materiales no se renuevan, claro... Desde que se quedó embarazada está trabajando con el mismo libro de texto (Mar ya tiene dos añitos). Y tampoco le gusta ir picoteando de aquí y de allá. Le gusta elaborar sus propios materiales. De la misma manera que le gusta cuidar de su hija y prepararle la comida con sus manos y a sus horas. Siempre juntas. Levanta la vista y ve cómo pasa la página de un cuento con su manita y se mira las palabras de colores. Murmura algo, como si lo leyera, y cuando acaba da un golpe con el pie, para que quede claro.

«Volvamos al tema», se ordena Carla cerrando los ojos un segundo.

Cada curso se mira y remira todos los materiales nuevos que dejan las editoriales en el departamento, pero a todos les encuentra

alguna pega y no se decide a cambiar. Prefiere hacerlos ella. Como también prefiere elaborar sus programaciones pensando en los resultados de los cursos anteriores, en las dinámicas de cada clase, en la tipología de los alumnos. Pero ¿de dónde sacar todo el tiempo que necesitaría? Los sábados sólo le dan para hacer largas listas de buenas intenciones. Hace tiempo que tiene la certeza de que el libro que necesita sólo existe en su cabeza. Pero de momento, con los actuales días de 24 horas, ni se le ocurre pensar en la posibilidad de escribirlo.

Sólo le faltaba Martín. Eso sí que ha sido perder los papeles. Los dos, los de él y los suyos. Pero ella, como tutora, ha sido la mayor responsable, piensa. No se lo puede quitar de la cabeza. En realidad, Martín hizo lo que ella le dejó hacer, castillos en el aire, y al final ha pasado lo que se temía. Martín le ha enseñado su otra cara, la que ella, ingenua, se negaba a conocer. Ahora lo ve. Martín ha manoseado el delicado material de sus años de experiencia docente y de reflexión y lo ha convertido en una bufonada. Pero ella le ha dado la llave y lo ha animado a jugar a ese juego, ha cedido al espejismo de un sentimiento al que sólo ella ha sido fiel. Quiso creer que era honesto cada vez que le decía «confía en mí». La fuerza de su ilusión, así lo creyó ella al principio, en realidad ha acabado siendo soberbia, irreflexión y oportunismo. Ella y Martín no compartían los mismos propósitos, eso lo vio enseguida. Pero pensó que podría conseguir algo de su entusiasmo y le explicó los objetivos del curso con paciencia infinita, deteniéndose en cada pregunta, en cada gesto, en cada pormenor, palabra a palabra. Pero Martín sólo buscaba, ahora lo comprende, ganar la partida. Tener su

aprobación en un papel oficial. Tener ese papel le ha dado bula para quitarse definitivamente la careta.

Todo lo que me ha dicho ha sido cruel, reconoce. Su falsedad durante estos meses, su hipocresía ha necesitado resarcirse de ese mezquino esfuerzo que ha tenido que hacer por engañarme, por seducirme, y al final ha dejado su veneno en cada una de las puertas que le he abierto.

Puede que le dé demasiadas vueltas a las cosas. O puede que haya demasiadas cosas dando vueltas en mi cabeza, se dice Carla. ¿Cómo puedo saber cuál es el tamiz más adecuado para todas estas ideas? El de todas, el de cada una... Y, en definitiva, ¿ha servido de algo tanto esfuerzo sincero o equivocado o ruin o inconsciente? ¿Ha servido de algo todo este trabajo y este dolor y este desencanto, si los dos nos hemos equivocado?

Carla mira el parque al otro lado de la gran vidriera. Las nubes alejándose. La lluvia ha barnizado los árboles y las palmeras. Parecen más jóvenes y al brillar las hojas, con el viento, es como si palpitaran.